

UN DESASTRE

¡Me resisto a hablar de ello porque lo he hecho tantas veces!. He escrito, he dicho en tantas ocasiones que lo que estaba sucediendo en mi tierra, en Catalunya, era una especie de locura, un sinsentido, que ya me parece inútil el insistir sobre ello. Y pese a todo, después de lo sucedido el viernes y sábado, tengo dejar alguna constancia de lo que está ocurriendo.

Y el adjetivo o el sustantivo, según se mire, que me viene más a la cabeza es el de “desastre”. Desastre absoluto y total. ¿De quien?. ¿Quién paga los platos rotos?. Pues, sin ninguna duda: Catalunya. Pérdida de riqueza, pérdida de prestigio, de influencia, pérdida de poder. Todos perdemos en esta absurda apuesta por la Arcadia feliz.

¿Y ahora qué?. Después de las escenas del Parlamento, de la candidatura de Turull, del Auto de procesamiento del Supremo, ¿Cómo volver a trabajar para recomponer puentes, para restablecer o aspirar a un mínimo espíritu de concordia entre todos? Complicado. Difícil. Muy difícil. Los contenciosos judiciales pesan como una imponente losa. Solamente un nuevo gran pacto de Estado, permitiría suavizar la tensión y buscar alguna fórmula de entendimiento. Pero esto queda aún lejos. Con toda seguridad más allá de la presente legislatura. Mientras tanto tendremos que vivir, acostumbrarnos a vivir en la incertidumbre, en el drama de una Catalunya dividida, en la frustración y en la impotencia de no saber como podemos salir de este círculo vicioso de los partidos que nos quieren tanto, que de tanto querernos, nos están hundiendo en su particular abismo.

Días tristes que conducen a un inexorable escepticismo. Como dije anteayer, la Semana Santa en Catalunya ya empezó el viernes.